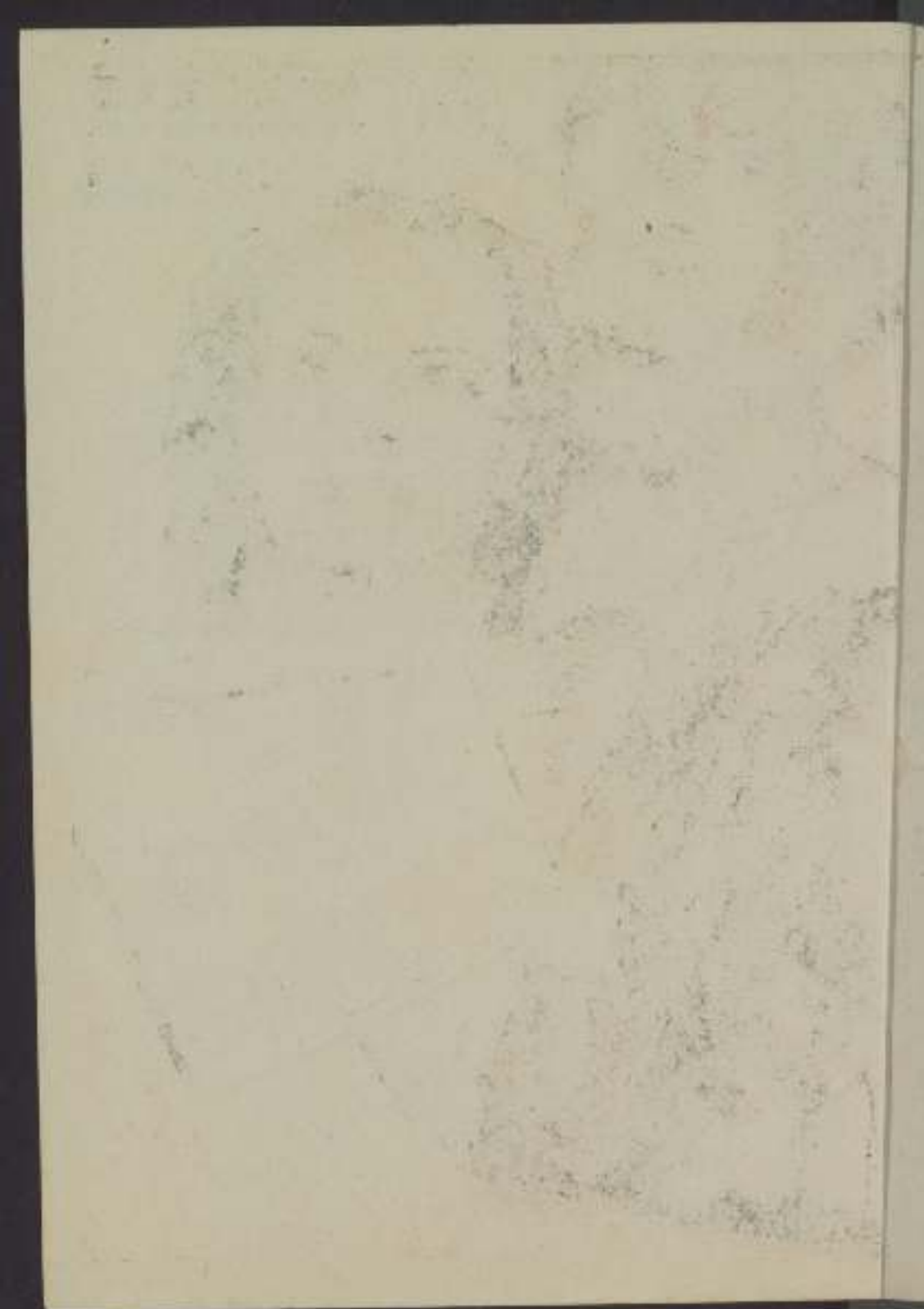


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ESPECIAL

Jorge **NEGRETE**
★ CHARITO
GRANADOS







**CAMINO
DE SACRAMENTO**

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO®
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbadé, 16, Barcelona - Tamara, 4, Madrid

EDITORIAL
AES



AÑO XX

SERIE ESPECIAL

NUM. 566

Núm. 117

CAMINO DE SACRAMENTO

«El Halcón», personaje central de Camino de Sacramento, interpretado por Jorge Negrete, es un alto exponente de dramatismo ya que encarna la pintoresca personalidad de un bandido generoso, que arrancaba del pecho de las mujeres aristocráticas las joyas más preciadas y después ordenaba a sus secuaces que las repartiesen entre las tribus de indios pieles rojas, las familias humildes y los mendigos de Sacramento. «El Halcón» no olvidaba nunca las ofensas ni los beneficios que recibía, y sabía ajustar la justicia por su propia mano, sin miramientos de ninguna especie y sin regateos de género alguno.

PELICULA DISTRIBUIDA POR
HISPANO-MEXICANA FILMS, S. A.

DIRECCION GENERAL:
GRAN VIA DE JOSE ANTONIO, 65
MADRID

SUCURSAL:
CALLE DE PROVENZA, 282
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>"El Halcón"</i>	Jorge Negrete
<i>Juan Ríos</i>	Charito Granados
<i>Luisa</i>	Julio Villarreal
<i>Enrique Ledesma</i>	Ernesto Cortazar
<i>Ramón</i>	Pepito Martínez
<i>El Curro</i>	Carlos Múzquiz
<i>El Chueco</i>	

Canciones de
Negrete y Cortazar

Director:
Chano Urueta

Narración literaria por
A. Suárez

EL «HALCON»

Atardecía. Por el polvoriento camino, entre riscos y vericuetos, marchaba una hilera de jinetes, pistola al cinto y pañuelos de colores. Nadie diría al ver su regocijo y su sana alegría que se trataba de una cuadrilla de bandoleros. El botín de la última salida había sido cuantioso. Los comentarios, hechos entre risotadas y guiños, menudeaban.

A la cabeza del grupo —unos treinta hombretones, valientes y esforzados— marchaba el «Halcón», su jefe. Porto varonil, fiera presencia, el plomo de sus balas jamás se desviaba un milímetro del blanco. Tenía la tez morena, el cabello endrino y enortijado, los ojos acerados, el gesto decidido y valiente. Como espadachín no conocía rival. Sus cualidades personales, sus dotes de mando y su nobleza de corazón le habían granjeado el respeto y el cariño de todos sus compañeros de pillaje. Juntos formaban una gran familia, feliz y aventurera.

Caminaban hacia el campamento, donde les esperaban a quien una esposa, a quien una novia o un amigo. De pronto, el silencio de la tarde, apenas enturbiado por el ruido de los caballos al

paso, se vió roto por el sonido de una voz varonil y melódica. Era el «Halcón». Las caras de todos los bandoleros se iluminaron, era una fiesta para el oído aquella voz de barítono, templada y altanera, que cantaba:

Camino de Sacramento

Surge del valle un lamento
que se hace canto altanero.
Camino de Sacramento
va cantando un bandolero.
Vuelan las águilas reales
en lo alto de la montaña,
y un mirlo en los matorrales
con agua clara se baña.

(bis por el coro)

Camino de Sacramento,
bañado por luz del sol,
camino que besa el viento,
camino por donde voy;
camino de tierra herida
por donde busco un amor;
en él dejaré mi vida,
sin más ley que la de Dios.

(bis por el coro)

No había terminado aún de cantar la última estrofa, cuando su finísimo oído percibió a lo lejos el galopar de un caballo. Se irguió en su montura y haciendo una seña a sus compañeros más próximos se adelantó.

El ceño del «Halcón» desapareció al contemplar sobre el caballo negro que corría hacia ellos al jinete que lo montaba. Era «Coyote».

El «Halcón» era sobradamente conocido en aquella comarca. Temido de los ricos, a los que despojaba de sus lujos con la seriedad y con la unción de quien cumple un rito religioso, era el gran amigo de los pobres. Su generosidad para con los desvalidos le había conquistado las simpatías de todo Sacramento. Entre sus numerosos admiradores se encontraba «Coyote», un muchacho ágil y despierto que actuaba de agente informador.

«Coyote» bajó de su caballo casi en marcha. Saludó jadeante.
—¿Qué ocurre?—preguntó el «Halcón», intrigado.

—Nada, mi jefe—respondió «Coyote»—. Que Enrique Ledesma, el nuevo jefe político, toma hoy posesión de su cargo. Y piensa esta noche misma dar una fiesta para celebrarlo.

La cara del «Halcón» reflejó una expresión sombría.

—¡Gracias, «Coyote»!—dijo con firmeza—. Estate alerta y tennos al corriente de todo cuanto ocurra.

—Así lo haré, jefe—aseguró «Coyote», montando de nuevo su brioso caballo.

Con un ligero saludo se despidió y volviendo grupas se alejó al trote.

El «Halcón» se quedó pensativo. Su boca se contrajo en un «rictus» de fiera. Sus bandidos comprendieron lo que aquello significaba. «Chueco», el más joven de los que con él se adelantaron, brazo derecho del «Halcón», preguntó con ansiedad:

—«Halcón»: ¿habrá «fiesta» esta noche?

—Posiblemente—contestó con laconismo.

—No me gusta, Antonio—contestó Ramón con un dejo de reproche.

Ramón, hombre entrado en años, de terribles mostachos y cara bondadosa, era una especie de padrino del «Halcón». Amigo de su padre, le había acompañado desde su infancia, a raíz de la muerte de don Juan Antonio Ríos. Estaba en posesión de los más íntimos secretos del «Halcón» y conocía el móvil de aquella vida errabunda e ilegal, tan distinta de la que llevó en vida su eximio padre, Juan Antonio Ríos.

El «Halcón» esperaba ya el comentario de Ramón e intentó chancearse:

—¿Tienes miedo, Ramón?—dijo de buen humor.

—¿Miedo?—exclamó Ramón, herido en lo más profundo por aquella pregunta—. «Halcón», bien sabes que no conozco lo que significa esa palabra. Acuérdate cuando el asalto a la diligencia de Veracruz. Yo solo me tumbé a nueve...

—Tan sólo fueron dos, Ramón—rió el «Halcón», y añadió, criticando su exageración—. Cada vez que lo cuentas, aumentas uno en la lista.

Ramón bajó la cabeza avergonzado como un chiquillo. Pensó recordar otras hazañas, pero, al fin, comprendiendo que todo era broma, se echó a reír él también de buena gana.

El «Halcón» se hundió de nuevo en sus pensamientos. Subió a su hermoso alazán y ordenó la resanudación de la marcha.

Por el camino, todos se abstuviéron de turbar su silenciosa meditación: sabían cuán peligroso era intentarlo.

El «Halcón» repasó de nuevo todos los recuerdos que su memoria almacenaba. Recordó su niñez, llena de alegría y de encanto, al lado de su hermano gemelo, Juan. Recordó a su padre, todo bondad, valentía y honradez. Recordó el aciago día en que Enrique Ledesma, el odiado enemigo de la familia, incendió su casa, provocando la muerte de su padre y de su amado hermano. ¿Su hermano también? Lo dudaba siempre a pesar de todas las pruebas; sentía, como un presentimiento, que su hermano vivía aún.

Cuando llegaron de nuevo al campamento en su rostro se hallaba pintada la resolución.

—Sólo tenemos una hora de descanso—confesó a Ramón—. Debemos partir de nuevo a Sacramento. Esta noche debo consumir mi venganza. El asesino Ledesma no puede vivir un minuto más.

—«Halcón»—respondió Ramón con aire paternal—. Ten en cuenta que ese hombre es muy astuto.

—Su astucia no le salvará de mis balas.

—Te perseguirá y te alcanzará. Mira que tiene todas las fuerzas legales de su parte.

—Nada puede impedirme que de una vez y para siempre haga justicia. La muerte de mi padre y de mi hermano claman venganza.

Ramón meneó la cabeza entristecido al recordar aquella infausta fecha.

—Ramón—llamó con aire de confianza el «Halcón».

—¿Qué?

—Estoy persuadido de que mi hermano vive. Es una corazonada, pero no puedo remediarlo—dijo con convicción, y añadió queriendo explicarse—: ¿Recuerdas nuestro extraño nacimiento? La operación que tuvieron que ejecutar para separar nuestros cuerpos, nuestro extraordinario parecido...

Ramón lo recordaba todo. Sin embargo, no compartía la opinión del «Halcón».

—Sí, hijo, sí. Pero tu hermano no vive. No puede vivir. Peració entre los escombros, en el incendio. Como tu padre. Debes alejar esa idea que trastorna tu cabeza. Por desgracia no hay esperanza alguna.

El «Halcón» se resistía a abandonar aquella idea tan consoladora como irreprimible, que lo subía del corazón. Las palabras de Ramón sólo sirvieron para enfurecerle de nuevo contra el culpable de aquella desgracia.

—¡En ese caso, Ledesma ha de pagar cuenta doble, Ramón! Tú te cuidarás de que el campamento quede tranquilo. Dispón las guardias necesarias—dijo, dando órdenes—. Y tú, «Chueco», reúne a los treinta mejores. Debemos marchar cuanto antes.

La noticia cundió por el campamento, llenando de alegría el pecho de aquellos alegres bandoleros. La perspectiva de una nueva faena y con mayor razón tratándose del universalmente odiado Enrique Ledesma, constituía un motivo de regocijo.

A los pocos minutos, todo estaba preparado. Treinta hombres dispuestos a todo se hallaban sobre treinta caballos, piafando de impaciencia.

El «Halcón», a la cabeza, abrió la marcha.

UNA FIESTA INTERRUMPIDA

El palacio de Ledesma, suntuoso y elegante, era con mucho la mejor casa de todo Sacramento. Al ofrecimiento de Ledesma había acudido lo más selecto de la sociedad de toda California. La fiesta transcurría dentro de la general complacencia. Corrió el vino español y abundaron los pasteles y golosinas.

Enrique Ledesma se hallaba en todo su apogeo. Triunfador por astucia en todo cuanto se propuso, apenas faltaba una cosa para coronar su éxito: una mujer.

Debia estar rondando los cincuenta años. Sin embargo, tenía una euforia pueril. Descartados sus enemigos y en posesión de la fuerza pública, gracias a su nombramiento de Alcalde de Sacramento, se consideraba capaz de todo.

Cumplió sus deberes de anfitrión como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que dar fiestas. Siempre con la sonrisa en los labios, recorrió todos los corrillos; para todos tuvo una frase amable. Por fin, llegó la persona que buscaba.

Se trataba de una rica heredera, joven y hermosa.

—¡Bien venida a esta casa la más hermosa mujer de California!—saludó con una inclinación cortés.

—Es usted muy amable, señor Ledesma—contestó, halagada. Continuaron las palabras de cortesía.

Le ofreció el brazo y salieron al jardín. Era una noche fresca y oscura: no había luna. Ledesma no se detuvo por ello; era incapaz de romanticismos estériles. Sin ambages, comenzó a declarar sus proyectos matrimoniales.

Súbitamente, por las cuatro salidas del salón irrumpieron las huestes del «Halcón». Aparecieron simultáneamente por todas partes, dominando en seguida la situación.

—¡Arriba las manos! ¡Nadie se mueva! — gritaron varias voces.

La sorpresa y el miedo se apoderaron de los concurrentes.

Ledesma, escondido en el jardín, estaba sobrecogido de temor y cólera. No podía explicarse aquello. ¿Cómo habían burlado la guardia? ¿Qué objeto tenía el llevar a cabo aquella temeridad? Tras de las verjas del ventanal observó con pavor lo que en el salón central ocurría.

El «Halcón», ocultas sus facciones con un antifaz, comenzó a hablar ante la expectación de sus atemorizados oyentes:

—Perdonen mi manera un poco violenta de acudir a esta fiesta a la que no he sido invitado.

Su voz era de una cortesía amenazadora. Sus ojos recorrían la estancia buscando a Ledesma.

—Tendría como gusto en charlar unos instantes con el nuevo jefe político... ¡Las señoras a mi derecha! ¡Los... caballeros a mi izquierda!—ordenó, amartillando el gatillo del revólver con impaciencia—. ¡Oh! Ya veo que el muy honorable canalla ha huido como una rata—dijo, después, de inspeccionar los grupos.

Ledesma estaba lívido de angustia. Su acompañante le exhortó con la mirada a que reaccionara virilmente contra aquel atropello y aquellos insultos.

—¿Vais a huir?—preguntó incrédula al ver sus ademanes.

—No hay más remedio. Me matará—respondió preso del pánico.

Le dirigió una mirada de profundo desprecio. Ledesma no se dio por aludido: era incapaz de una actitud gallarda y valerosa. Pegado a la pared y ojeando por todos lados asustado, se arrastró hasta un cuadro de la Virgen de Guadalupe; oprimió un botón oculto y el cuadro giró sobre uno de sus lados, descubriendo la entrada de un pasadizo secreto. Penetró sigilosamente, cerrando la puerta tras sí. Aun tuvo la oportunidad de oír la voz imperiosa del «Halcón»:

—¡«Chusco»! Ve por ahí—dijo, señalando la puerta del jardín—, y búscale. Llévate a estos dos. Y tú, «Indio», por este otro lado. No dejéis nada por registrar.

Partieron por donde el «Halcón» les indicó. Entre tanto los demás se dedicaron a aligerar del peso de sus joyas a las señoras y de sus dineros a los caballeros.

Por supuesto, ni «Chusco» ni el «Indio» encontraron al que buscaban. El cuadro religioso les despertó por completo. El «Halcón» se sintió chasqueado y con un gesto de desprecio ordenó la retirada.

Atemorizadas las damas, continuaban aún en uno de los ángulos del salón, conteniendo los latidos del corazón, y con mirada vaga, como quien está despertando de un letargo, consultábanse con los ojos, preguntándose mutuamente si el peligro había pasado ya.

Los hombres, repuestos del primer momento de sorpresa, lanzáronse por puertas y ventanas en busca del «Halcón» y sus secuaces, pero todo fué inútil; habían desaparecido ya.

Ledesma, pálido aún o encorajinado, daba muestra de gran nerviosismo y procuraba, tanto por sus gestos como por su semblante, no delatarse a sí mismo, procurando disimular el miedo que le dominaba en aquel instante.

No era precisamente que creyera que el peligro había desaparecido, ni mucho menos, pues estaba cierto de que su perseguidor continuaría con la idea de perseguirle y hallarle donde fuera para ajustar cuentas, y no creyéndose tan hombre como él, había que buscarle una celada y suplir la astucia por la falta de valor.

Cuando el ruido de los caballos indicó a Ledesma que habían huido se frotó las manos de alegría. Descolgó un estoque de la panoplia que había en su escondrijo y salió enfurecido.

Las primeras víctimas de su cólera fueron los guardias.

—¡Necios!—increpó—. ¿En qué estabais pensando para dejar que entraran ladrones en mi casa? ¿Para qué os pago? ¡Inútiles!

Entró en el salón y ante la expectación irritante de sus invitados, exclamó con cinismo inaudito:

—¡Cobarde! No se ha atrevido a batirse conmigo.

Y arrojó con desprecio su estoque sobre uno de los veladores.

Terminóse la fiesta que tan brillantemente había empezado y los invitados fueron desfilando, no acertando a comprender ni cómo aquellos forajidos habían irrumpido en un salón de tan alta sociedad ni cómo habíanse podido marchar sin darles alcance ni la servidumbre ni ninguno de los allí reunidos.

UN DUELO Y UNA CANCIÓN

En Sevilla, hace un siglo, no era extraño ver escenas de duelos y amores; las sevillanas —hoy como ayer— tienen un embrujo tal, que no es poco frecuente el ver a dos hombres enzarzados en enconada lucha por conseguir el corazón de una de ellas.

En 1848 —fecha de estos acontecimientos— una noche de junio, calurosa, incitante, gentilmente misteriosa, dos estudiantes resolvieron solventar a estocadas una cuestión amorosa. En una de sus encantadoras calles del barrio de Triana se dispusieron a combatir. Blandieron sus floretes, saludaron y chocaron sus aceros.

No duró mucho el duelo. Uno de ellos, más hábil, logró tocar al contrincante. Pero tuvo un gesto de indulgencia; detuvo la punta de su florete sobre el pecho de su enemigo sin atravesarle y preguntó galantemente:

—¿Satisfecho?

El otro dudó un momento, pero al fin bajó la espada satisfecho, aunque un poco triste.

—Es realmente un honor para mí el haberme batido con tan leal caballero—dijo tras un momento de embarazoso silencio—.

Os dejo el campo libre — añadió, haciendo un saludo militar con su florete —, Caballero...

El vencedor respondió con todo respeto al saludo de su contrincante. Después, se volvió hacia la casa que hacía esquina, con fervorosa ansiedad. Tras de las celosías de uno de los balcones se adivinaba una tenue figura femenina.

Rasguearon las guitarras. Y ante el asombro y la alegría de sus acompañantes el licenciado vencedor, ofrendando su canción a la oculta damisela, rompió a cantar:

SERENATA

lo que canta el abogado en la ventana de Sevilla

Dos luceros del cielo de mi Sevilla
ya no están en el sitio en que los miré,
no los traen en sus ojos las gitanillas
ni se han vuelto diamantes como pensé,

Los busqué en las agüitas de luna clara
que arrastraba hasta el mar el Guadalquivir,
hice por hallarla, y para bien amarla
la encontré entre coplas que sólo yo sé sentir.

Que me miren tus ojos yo te lo pido
con el dulce misterio de su fulgor,
y si son los luceros que yo he perdido
yo te juro entregarles todo mi amor.

Pintaré tus pupilas con luz de plata,
y pondré en tus ojeras azul de mares,
dormirán cuando escuches mi serenata
esos ojos que nunca sabrán llorar.

Y la luna y el sol, la noche y día
me dijeron que tú eras quien los tenía;
en tus ojos los tienen, morena mía,
en tus ojos que tienen hechicerías. (bis último)

El andaluz y los acompañantes hicieron coro al galán con la siguiente canción:

El Peñón de Gibraltar
no tiene tantos cañones
como tiene mi morena
en el pelo caracoles.

¡Ay, con sal y sin sal!
¡Ay, con sal, salero!
¡Ay, con sal y sin sal!
Así te quiero yo.

Mírala por donde viene
la que tiene que ser mía,
la que tiene que juntar
su boquita con la mía.

Te tengo, te tengo que hacer
un vestido nuevo que te has de poner;
cortito de adelante, larguito de atrás,
acinturadito y otras cosas más.

¡Ay, con sal y sin sal!
¡Ay, con sal, salero!
¡Ay con sal y sin sal!
Así te quiero yo.
Siempre hay en las promesas
mucho de engaño,
no le des tu confianza
porque hacen daño.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! que las canciones
llenan con su tristeza los corazones. (bis)

El amor es un dulce de los mejores,
que nos da muchas penas y sinsabores.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! que mucho halaga,
pero comiendo mucho nos empalaga.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... (bis)

Las cortinas del balcón temblaron y al descorrerse dejaron brillar unos ojos grandes y luminosos como luceros. Fué sólo un instante; después volvieron a cerrarse.

El licenciado lanzó un suspiro de satisfacción. Al ver que desaparecía de la ventana la dama de sus pensamientos, se encogió de hombros con resignación, y haciendo una seña a la ronda, inició la marcha.

Todavía merodearon un rato por las calles sevillanas cantando y tocando guitarras y panderetas.

Juan Ríos, mejicano de origen, había venido a España para hacer sus estudios universitarios. Acababa de doctorarse en Derecho. Abogado, apuesto, fuerte y alegre, era un amigo deseable y un terrible enemigo. Aquella noche—noche andaluza—no podía ser más completa para él: un duelo y una conquista habían servido de remate a una carrera triunfal de estudios.

Riendo y cantando estaban cuando un mozuelo se acercó corriendo a ellos.

—Señor Ríos—dijo, jadeando—. El P. Servando desea verle. Está agonizando.

Aquello no se lo esperaba Juan. El P. Servando, su director espiritual, oriundo como él de Méjico, era también su gran amigo y bienhechor. La noticia le dejó al punto aturdido. Pero se recuperó en seguida y se lanzó corriendo detrás del mozo hacia el convento franciscano.

Cuando llegó pudo observar que, en efecto, le quedaba poco tiempo de vida. El respeto y el cariño que le imponía aquel humilde franciscano le postraron a sus pies. Con voz entrecortada, débil, trabajosa, Fray Servando le hizo las últimas recomendaciones:

—Hijo mío, prométeme que tu vida la consagrarás a la defensa de tu fe y al logro de la justicia... Ama a tus enemigos... Sé como tu padre, modelo de caballeros cristianos.

A todo respondía Juan con un: «Sí, padre», triste y convencido.

—No seas vengativo... perdona las injurias—prosiguió.

—Pero padre... Ledesma... Yo debo hacer justicia — interrumpió Juan, contrariado.

—Sí, hijo mío, sí; pero sin rencores, sin maldad. Utiliza la fuerza del derecho... No te conviertas en un homicida... Prométemelo...

Su semblante, de una palidez mortal, reflejaba tal ansiedad, que Juan de muy buena gana se lo prometió.

—Hijo mío, debes volver a tu tierra... Cuando regreses, ve a ver a Fray Bartolomé, de la Misión de Santo Tomás... Dile que te dejo en herencia... Debe seguir tu educación y velar por ti...

Dijo algunas palabras ininteligibles. Tras un instante de estertor, su cara se iluminó con una sonrisa beatífica y alzando los ojos al cielo expiró.

HUMBERTO JIMENEZ

Cuando Juan descendió por la escalerilla del buque en que había efectuado la travesía, observó con sorpresa que había viajado en compañía de dos misteriosas mujeres sin que él pudiera darse cuenta. Se había traído de España como ayuda de cámara a un andaluz que atendía por el mote de «Curro». A ambos se les fué la vista tras de aquellas figuras. Se advertía a primera vista que eran de diferente clase social: una, joven y bonita, distinguida; la otra —su azafata, sin duda— ya entrada en años, jomona y un tanto ordinaria.

Juan y «Curro» se miraron con inteligencia y las siguieron. Entraron en la misma posada. Allí dentro las perdieron de vista. Se sentaron a comer algo en el restaurante.

Empleados estaban en despachar un pequeño refrigerio cuando Juan observó con júbilo que su deseada desconocida atravesaba el hall de la pensión dirigiéndose a conserjería. Se levantó rápido de la mesa y se acercó a ella.

—Señorita. Permitame...—empezó con una sonrisa. El gesto glacial de la joven lo detuvo—. Quisiera decirle...

—No tengo nada que escucharle—contestó, altiva.

—¿No nos conocemos ya?—preguntó, esperanzado.

—No he tenido ese disgusto—respondió, mirándolo de hito en hito. Y añadió, despreciativa—: ¿Me permite pasar... caballero?

—Desde luego—dijo Juan, apartándose perplejo.

Se encogió de hombros mientras la joven le volvía la espalda, marchándose hacia el portal. Se dirigió al mostrador. El que despachaba no pudo reprimir un comentario:

—No ha habido suerte, ¿eh?

—No—negó Juan, intrigado, y repuso—: ¿Viven aquí esas dos damas o están de paso?

—No, no son de aquí. Tan sólo esperan la diligencia. Si pretende usted seguir las, ya puedo irse preparando. La diligencia no tardará en partir.

—¡Gracias por la información!

Pago la consumición y le dejó una generosa propina, que fué recibida con una reverente y agradecida inclinación.

—¡«Curro»!—llamó Juan—. Vámonos, no hay tiempo que perder.

El andaluz apuró ansioso el «chato» de quina que tenía delante y dirigiendo una mirada nostálgica a la media botella que aun quedaba, siguió a Juan rezongando.

Montaron en sendos caballos y se propusieron seguir a la diligencia a una distancia prudencial. El rostro de la muchacha lo llevaba Juan clavado en la retina. Estaba seguro de haber visto aquellos ojos en otra parte. Y se había empeñado en averiguar dónde fué. No tardó mucho en presentarse la ocasión.

El paisaje por el que discurría la diligencia era abrupto y montañoso. Grandes cortados y robustas moles calizas se levantaban en torno a la carretera tortuosa y polvorienta.

El instinto de Juan le avisó la proximidad del peligro. Se irguió sobre su montura y recorrió con inquisitiva mirada el horizonte. Por la pequeña meseta que se alzaba a la izquierda de la carretera advinó la presencia de jinetes. Aapresuró el frote de su corcel tratando de acortar la distancia que le separaba de la diligencia. A los pocos segundos divisó a los jinetes sobre una de las crestas

de la ladera. Su aspecto no era nada tranquilizador. Bajaron en hilera por un cortado de máxima pendiente, casi vertical.

A Juan no le cupo duda de que se trataba de una partida de bandoleros. Llegó a la altura de la diligencia. Sólo les separaba una distancia de trescientos metros. Dejando su cabalgadura se montó en el coche y tropó hasta el techo. Previendo los acontecimientos, se dirigió al pescante. En efecto, aun no se había sentado en él cuando el cochero cayó víctima de un balazo. Sin perder un segundo tomó las riendas con una de sus manos, teniendo en la otra la pistola. Descerrajó un tiro a uno de los más próximos asaltantes. La distancia entre ellos y la diligencia se acortaba por momentos. Las balas silbaban en derredor de Juan. Fustigó sin compasión al tiro. Cada vez notaba más próximos a los jinetes...

Súbitamente, algo providencial vino a resolver aquella difícil situación. Por su derecha, en formación desplegada, apareció un escuadrón de caballería. Era la policía montada. A su sola vista, los bandoleros volvieron grupas y se dispersaron velozmente. El escuadrón rodeó la diligencia. El capitán descendió de su montura para felicitar a Juan por su valerosa conducta.

Juan abrió la portezuela de la diligencia y ayudó gentilmente a bajar a la joven.

—Lo que acaba de hacer es una verdadera proeza. ¡No sabe cuán agradecida le estoy!—dijo estrechando su mano con gratitud. Sus ojos ya no miraban con aquella hosquedad y altanería de antaño: su mirada era ahora tierna, admirada y agradecida.

—¡Oh! Por usted hubiera hecho ya mucho más.

Esta vez la joven no protestó al cumplido. Tan sólo se ruborizó.

—Espero que mi padre responderá cumplidamente a vuestra heroicidad.

—¿Y se puede saber quién es el afortunado mortal que tan adorable hija tiene?

—Mi padre es Enrique Ledesma—declaró, orgullosa.

La cara de Juan se contrajo en un «rictus» de dolor y sorpresa. Procuró disimular.

—Y mi nombre Luisa — continuó, presentándose—. ¿Puedo saber vuestro nombre?

Juan dudó un momento, Por fin dijo:

—Humberto Jiménez.

—¿Y vais?

—A Sacramento.

—Mi padre es el jefe político de Sacramento.

De nuevo una chispa de ira en los ojos de Juan.

—Me tomo la libertad—dijo Luisa tras un instante de indecisión—de invitaros a cenar en nuestra casa.

—Será un verdadero placer—respondió Juan, conmovido.

Luisa subió a la diligencia.

Juan montó su caballo.

El escuadrón de la Policía les dio escolta hasta Sacramento.

EL TESTAMENTO REVELADOR

Enrique Ledesma recibió a Juan con afabilidad y cortesía. El relato que de su hazaña le hizo Luisa fué para él motivo de admiración y de afecto.

La cena transcurrió en amena charla. España, los españoles, la travesía..., el tema se prestaba a una larga y jugosa conversación.

Durante toda la comida los dos jóvenes no cesaron de mirarse con arrobo. A los postres, Enrique Ledesma preguntó:

—¿Conocéis a alguien aquí, Humberto?

—¡Oh, no! Pero traigo cartas de recomendación para alguna gente. Una para el Juez; otra para Fray Bartolomé, de la Misión de Santo Tomás. A propósito, ¿está muy lejos esa Misión?

—¡Oh, no mucho!—respondió Ledesma—. Pero tendrá que salir temprano, con el alba, si quiere volver en el día.

—Es que—explicó Juan—tengo tristes noticias y una recomendación para el Prior.

—¿Fray Bartolomé es Prior de la Misión? Pues tengo entendido—repuso Ledesma—que es un viejo un tanto insoportable. Ha perdido facultades mentales y despacha con cajas destempladas a cuantos le visitan.

—En ese caso..., tendré que prescindir de esa visita.

Juan no se explicaba aquel empeño en desacreditar a Fray Bartolomé. Era demasiado avisado el tal Ledesma. Sin embargo, quiso probar de nuevo su astucia:

—Y tengo también una carta para don Juan Antonio Ríos —dijo displicente, pero fijando su mirada en la expresión de su huésped.

Las palabras cayeron en los oídos de Ledesma como plomo derretido. Fué imperceptible su gesto. Recobró al punto su presencia de ánimo.

—Pues creo que os será también difícil visitarle. Don Juan Antonio Ríos ha muerto.

—¡Oh! —exclamó Luisa, terciando en la conversación—. ¿El padre de los dos gemelos?

—Sí —respondió Juan—. ¿Los conocíais?

—¡Ya lo creí! —contestó alborozada—. De pequeña jugaba mucho con ellos. ¿Murieron también?

—Sí —respondió Ledesma, sombrío.

Transcurrió un rato en silencio. Luisa y Juan se dirigían mutuamente miradas enternecedoras. Sin embargo, en el corazón de Juan se estaba dando una batalla tremenda.

Por fin, Ledesma se levantó de la mesa:

—Me siento algo cansado. Le ruego me dispense. Les dejo —y alargando la mano para estrechar la de Juan, se despidió—. Le estoy muy agradecido. ¡Buenas noches!

Se quedaron solos Luisa y Juan.

—¿Salimos al jardín? —propuso ella.

—¡Encantado! —repuso él, ofreciéndole el brazo.

El perfume de las flores, la brisa tibia y callada en la noche serena, hacían de aquel ambiente el marco adecuado para un idilio.

Pasearon un rato en silencio.

—¡Luisa! —llamó Juan desde el fondo de su corazón.

Y ante la pregunta muda que sólo sus ojos hacían, respondió:

—Humberto, no puedo elegir. Tan sólo me es dado preferir entre los que mi padre elija.

—¡Luisa!—exclamó con pasión Juan—. ¡Permitame que bese su mano.

Acercó la blanca mano a sus labios y depositó en ella un beso ardiente, largo, apasionado...



Después de meditarlo detenidamente, Juan decidió visitar a Fray Bartolomé. La promesa que hiciera a Fray Servando en su lecho de muerte le obligaba a agotar todos los recursos para hacer por fin justicia. Su corazón estaba destrozado: ¡su único amor hijo de su único odio! Sentía los más contradictorios sentimientos. Pero sobre todos, el deseo y la sed de justicia se imponían. ¡La sangre de su padre y de su hermano clamaban venganza! ¡Los crímenes del aborrecido Ledesma pedían castigo!

Todos estos pensamientos torturaban su alma durante el camino hacia la Misión de Santo Tomás. Cuando llegaron—«Curro» le acompañaba como su sombra— el ambiente de paz y de unción de aquel humilde convento franciscano cayó como un bálsamo sobre su espíritu.

Fray Bartolomé era, en efecto, un anciano algo desmemoriado; pero se mostró en extremo afable con Juan. Mantuvieron una larga conversación. Ríos le refirió la escena de Fray Servando, sus impresiones de travesía y llegada... Al relatarle el episodio del día anterior, Fray Bartolomé se quedó un tanto extrañado.

—¿La hija de Ledesma?—preguntó—. ¡Pero si Ledesma jamás ha tenido hijos!

—¿Estás seguro, padre?—interrogó Juan en el colmo de su asombro.

—A ver, a ver...—intentó recordar—. No. Nunca que yo sepa. Pero, ¿cómo dices que se llama, hijo mío?

—Luisa.

—¿Qué edad tendrá?

—¡Oh!, no creo que haya cumplido los diecinueve—contestó Juan.

—Sí —dijo tras una pausa el franciscano—. Es posible que esa niña sea su pupila. Su madre fué otra de las víctimas de la crueldad de ese miserable Ledesma. El debió obligarla a que le nombrara tutor de su hija.

Ante aquella sensacional revelación el corazón de Juan dió un brinco dentro de su pecho. Se postró conmovido a los pies del anciano sacerdote y le dijo:

—¡Gracias, padre! ¡Me ha devuelto usted la vida!

El hilo de esperanza que brotaba en su espíritu la noche anterior se había convertido en impetuoso torrente.

Volvieron rápidamente a Sacramento. No había un condenado segundo que perder. Ledesma ya debía estar sobre aviso, reclamaría informes y entonces...

Llegó la noche, y amparados en sus sombras penetraron sigilosamente en la casa de Ledesma, burlando fácilmente la vigilancia.

—¡«Curro»!—llamó Juan con voz imperceptible—. Tú quédate aquí mientras yo registro en el despacho. Si ves u oyes algo alarmante me avisas.

—¿Y cómo le aviso? No sé silbar.

—¡Ni se te ocurra!—exclamó Juan, impacientado—. Sabes maullar, muchas veces lo has hecho. Cuando observes algo anormal das un maullido.

El andaluz no era lo que se llama un hombre valeroso, pero haciendo de tripas corazón, se apostó bajo uno de los arcos del patio.

Juan se internó en la obscuridad del despacho por la puerta, afortunadamente entreabierta. A tientas se dirigió a la mesa escritorio. Encendió una de las velas. Inspeccionó la estancia: había

dos estanterías. Se dirigió a una de ellas y abriendo todos sus cajones revisó uno por uno todos los documentos y papeles que encontró. ¡Nada! Fuese descorazonado a registrar la otra. Facturas, oficios, nombramientos... pero de lo que buscaba, ¡nada! Por fin, en el último cajón encontró algo sumamente interesante: se trataba de un pergamino enrollado y lacrado. Rumpió el lacre, desplegó el pergamino y acercándose a la luz, leyó febrilmente. ¡Era un testamento! ¡El testamento de la madre de su amada Luisa! Luego era verdad lo que Fray Bartolomé le contara. Su corazón montó en cólera al ver que aquello no era sino una prueba más de la villanía de Ledesma. Pero al mismo tiempo sintió que se apoderaba de él una alegría capaz de compensar todas las amarguras. Luisa no era hija de su odiado enemigo. Luisa era libre.

No pudo gozar de todo el júbilo que estos pensamientos le proporcionaban, porque algo llamó la atención de su oído:

—¡Miauuu!

La señal convenida. Guardó el valioso documento en su pecho y se escondió tras una de las cortinas del balcón.

Un minuto de silencio angustioso.

Por la puerta apareció Luisa. Respiró. La luz mortecina de la vela con que alumbraba el camino daba una palidez alabastrina a su rostro dulce y sereno.

Pasó su mirada por la habitación y al observar la vela encendida que quedaba sobre la mesa de escritorio, se acercó a apagarla. Oyó tras de sí el ruido, casi imperceptible, de los cortinajes al ser rozados. Dando un respingo, se volvió un tanto asustada. Descorriendo los visillos, Juan dió un paso adelante:

—¡Luisa!

Retrocedió anonadada. En su semblante se pintó la amargura de la decepción.

—¡Humberto! — profirió con acento de amargura—. ¡Asaltando mi casa como un vil ladrón!

La escena era violentísima. Juan, con forzosa sinceridad, se excusó:

—Vine para recoger pruebas contra un asesino,

—¿Y para eso tiene usted que comportarse como un salteador profanando mi morada?

—El asesino es... Enrique Ledesma,

Luisa se ruborizó de ira.

—¿Cómo se atreve a insultarme de ese modo?

La pregunta no obtuvo contestación porque algo inesperado vino a cambiar el curso de los acontecimientos.

LA HORA DEL REPARTO

—Esto para ti «Chueco» —dijo el «Halcón», entregándole una bolsa de oro. Era la hora del reparto y el «Halcón», haciendo la distribución como Dios le dió a entender, daba a cada uno su parte del botín—. Para ti, «Indio». Toma, «Chuana»...

Se habían congregado alrededor de la mesa todos los hombres. Las mujeres hacían sus cosas y traginaban por todo el campamento. Reina, una joven y hermosa india, de graciosos pómulos y boca fresca y sensual, se acercó a la mesa. Durante unos instantes miró nostálgica y tiernamente a «Halcón». Pero no pudo hacerlo mucho tiempo: dió media vuelta y tapándose la cara con las manos se retiró a llorar. Estaba enamorada del «Halcón»...

Terminó el reparto.

—¿Tiene alguien algo que decir? —preguntó el «Halcón», pasando su mirada en torno.

Murmullo de negativas.

—Esto otro—añadió, señalando un montón de dinero y objetos de valor que constituían la tercera parte del botín—es, como sabéis, para los pobres indios de la montaña. Ten, «Chueco», te encargarás de distribuirlo en la proporción que te diga.

—Muy bien, jefe—contestó el aludido.

«Chueco» había observado la actitud de Reina, se dirigió a ella para consolarla, en realidad, él la amaba,

—¿Qué tienes, Reina?—preguntó solícito.

—Nada—respondió la joven, enjugándose las lágrimas.

«Chueco» adivinaba lo que ocurría en el corazón de su amada. No se atrevía a hablar.

—Todos queremos al «Halcón», Reina. Pero no nos pertenece a ninguno—dijo al fin, queriendo desengañarla.

—Si todos le queréis, ¿por qué no he de poder quererle a mi manera?—preguntó, triste.

«Chueco» guardó silencio, bajando los ojos.

—Reina—llamó en un suspiro.

—¿Qué quieres, «Chueco»?—preguntó dulcemente.

—Tengo el presentimiento de que no vamos a volver a vernos más.

—¡No digas tonterías!—protestó Reina, cariñosa—. ¡Claro que nos veremos! Eres muy bueno, «Chueco».

Se separaron.

El «Halcón» estaba relatando a Ramón su fracaso con la diligencia.

—¡Ese abogadillo!—comentó con desprecio—. Se ha interpuesto en nuestro camino y lo ha de pagar muy caro. Y en cuanto a la hija de Ledesma... mi propósito es irrevocable. Esta noche mismo daremos el golpe.

Ramón meneó la cabeza disgustado.

—Antonio, no debes ser tan temerario. ¿Qué conseguirás con ello?

«Halcón» miró de arriba abajo y entre bromas y veras, le espetó:

—¿Tienes miedo acaso?

Por toda respuesta Ramón sacó su revólver y apuntando a una de las cuerdas de las que colgaba una olla de un trípode, hizo fuego. La puntería era excelente: la cuerda se rompió y la olla cayó sobre las ascuas del fuego. El «Halcón», siguiendo la broma, sacó su revólver y disparó: el trípode cayó al suelo.

Al anochecer, cuando estuvieron ultimados los preparativos,



—¡Arrriba las manos,
que nadie se mueva!



Jorge Negrete en su
creación de «El Halcón».



— Era el tratamiento de
la madre de su amada
Lina.



— Por usted hubiera
hecho ya mucho más.



Los dos hermanos cantaron a dúo.



— ¡Pecinitame que beise su mano!



Las palabras cayeron en los oídos de Ledesma como plomo derretido.



— ¡No estoy dispuesto a consentir impertinencias a nadie!



— Aquí el que manda
soy yo.



«El Halcón» sostenía
una lucha interior intensa.



«...Ella está poder hablar, eh?»



«Habría un instante de angustia,»



Ledesma es triunfante

En el rostro de Luna
se reflejaba una palidez
mortal



— Esa voz la he oído yo
en otra parte.



— No pienses más, queri-
da Luisa.

el «Halcón», montando en su negro alazán, dió la orden de partir.

Cuando estuvieron a cien metros de la casa hicieron alto. Descendieron de sus cabalgaduras y se encaminaron al palacio de Ledetma.

No les fue difícil burlar la guardia. Como suele ocurrir siempre que hay peligro, los centinelas se entretenían en jugar a los naipes. Les amordazaron. La guardia de la almena ni se enteró. Se internaron en el jardín.

—¡«Chueco»!—susurró el «Halcón». Tú quédate aquí y vigila.

Se oyó un maullido. Pero nadie le dió importancia.

El despacho estaba iluminado tenuemente. A través de las cortinas del balcón, Antonio Ríos adivinó la figura de Luisa. No estaba sola: el abogadillo la acompañaba. El «Halcón» sintió la sangre hervir en sus venas. Haciendo una señal a dos de sus bandidos, penetró rápido en la estancia, espada en mano. La sorpresa que causó fué inaudita. Luisa sufrió un desmayo y cayó en brazos del primer bandolero que llegó, siendo arrastrada por él al exterior.

Juan Ríos profirió una interjección de cólera y echó mano a su espada.

—¡En guardia, señor abogado!—clamó sarcástico el «Halcón».

Al juntarse las espadas cada uno las sintió estremecerse hasta la misma punta con vitalidad personal, como si fueran dos nervios de acero desnudos. El «Halcón» comenzó a atacar con violencia infernal. Su contrario, con prontitud furiosa, paraba y respondía: la parada lo cubría estrictamente y la respuesta fallaba. Antonio, con la primera estocada homicida pareció desembarazarse de un peso insoportable, quedándose más ligero, fuerte y ágil. Se tiró de nuevo con ímpetu arrollador. Al momento siguiente Juan atacó. El «Halcón» pareció cazar la punta de la espada y rechazarla de sí. Estrechó, y por decirlo así, espesó su juego: esgrimía en un anillo. Súbitamente, se tiró a fondo con todo su peso. Juan dió un salto atrás, pero el «Halcón» le tiró una estocada y otra, y otra, como el vástago de un pistón diabólico. Por fin logró tocar en un hombro a su adversario, que dejó caer su

espada y se llevó la mano instintivamente al lugar de la herida.

El «Halcón» envainó su espada y salió corriendo. El ruido de la espada había despertado al centinela de la almena. Sonaron dos disparos y un quejido. Cuando el «Halcón» estuvo fuera de tiro, miró hacia atrás y recordó: ¡«Chueco»! Había muerto.

Sus huestes habían partido ya con su presa hacia el campamento.

Se internó con su caballo en la obscuridad de un recodo y esperó. A los pocos minutos vió aparecer dos jinetes: uno de ellos era, sin duda, el abogado recuperado ya de su lesión. El otro seguramente su acompañante.

Esperó aún unos instantes. Después montó en su corcel y los siguió cautelosamente.

RECONCILIACION

Cuando el «Halcón» llegó a su madriguera, se encaró directamente con Ramón:

—¿Está en sitio seguro la niña?—preguntó.

—Sí, Antonio, ¡buena hazaña! —contestó sonriente Ramón.

—Trabajo me ha costado. He tenido que disputársela al abogado. Abogadillo, ¿eh?—comentó con énfasis. Y añadió, dando muestras de su asombro—: Se batió como un valiente.

Ramón creyó que bromeaba.

—¡Ramón!—dijo con extraña seriedad—. La estocada que le di me duele a mí como si me la hubiera dado él. Todavía siento el resquemor aquí —dijo, señalando el hombro—. No sé qué raro presentimiento me asaltaba. Pero cuando le vi pelear con aquella bravura, con aquel desenfado, me pareció que con quien me batía era con...

Ramón sabía por donde venían los tiros y con una triste sonrisa de incredulidad cortó:

—No, Antonio, no. Tu hermano no puede vivir. Te torturas con pensamientos vanos. ¿Has de estar siempre llorándole?

El «Halcón» se quedó pensativo un momento. Luego, cambiando súbitamente de expresión, le increpó un tanto agrio:

—Deberías ocuparte mejor de la tranquilidad y guarda del campamento. El abogado ha entrado en él y tus centinelas le han confundido conmigo.

El «Halcón», a grandes zancadas, se dirigió a su barracón, dejando a Ramón en el colmo de su asombro.

Abrió la puerta. Luisa estaba de espaldas y no se dignó ni mirarle. Cerró dando un portazo.

—¿Os encontráis a gusto?—preguntó con una cortesía forzada.

—Humberto—dijo, despechada—, esto es un atropello. Su conducta es indigna de un caballero.

Aquel recibimiento hurao y retador le sentó pésimamente al «Halcón», acostumbrado a ser respetado y temido por todos; pero el que le confundiera con su rival colmó el límite de su paciencia. Dejó a un lado toda cortesía y exclamó amenazador:

—¡Cuidado, niña, con lo que decís!

—Pero ¿qué os impulsa a vejarme de esta manera? ¿Qué pretendéis humillándome?

—Pretendo vengar una ofensa gravísima inferida por ese vil asesino de Ledesma.

—¿Os atrevéis a insultarme?—exclamó Luisa, roja de ira. Se volvió convulsa y al ver al «Halcón» le abofeteó, mientras con infinito desprecio le increpaba—: ¡Miserable!

Antonio no había recibido una educación suficientemente esmerada como para soportar aquello sin conmoverse. Clavó sus garras sobre los hombros de la muchacha y zarandeándola con violencia le gritó:

—¡No estoy dispuesto a consentir impertinencias a nadie!

En aquel momento se abrió la puerta y entró Juan como una tromba. Antonio tuvo el tiempo suficiente para volverse y recibir en pleno rostro un formidable puñetazo que le postró en el suelo. Entonces sucedió... lo que tenía que suceder: frente a frente los dos hermanos, la cólera se disipó como por arte de magia y, sacudidos por una corriente vital, se abrazaron estrechamente:

—¡Juan!

—¡Antonio!—exclamaron a un tiempo.

Una emoción intensa embargaba sus ánimos. Luisa, en el colmo de la perplejidad, vislumbró a duras penas la realidad que palpitaba en aquella escena. En su mente se fueron aclarando las ideas y al fin comprendió que aquellos hombres de extraordinario parecido no podían ser sino los gemelos, Juan y Antonio Ríos. Sin embargo, su corazón se hallaba en un caos de impresiones y sentimientos contradictorios.

Tras los primeros instantes de alegría, Antonio habló:

—Juan. Ahora somos dos para vengar el vil asesinato de nuestro padre.

—Sí, Antonio—respondió Juan—. Pero Luisa—añadió, señalando a la joven—es inocente de ese crimen.

—¿Es la hija de Ledesma!—protestó «Halcón» con odio concentrado.

—No, hermano, no. Luisa no es hija de Ledesma—afirmó, sacando de su pecho el documento y dándoselo a leer a ambos—. He aquí el testamento de su madre poniendo a Luisa bajo la tutela de Enrique Ledesma. El la violentó para obtener ese puesto y poder apoderarse de su cuantiosa fortuna. Es un nuevo crimen que se añade a la lista de los cometidos por nuestro odiado enemigo; pero, ¡por Dios bendito!, déjame que luche por la justicia, hay pruebas suficientes para que el peso de la ley caiga sobre Ledesma y le llene de oprobio y de vergüenza. Juré defender la causa de la justicia y no dar cabida en mi corazón al rencor ni a la pasión de venganza. ¡No me obligues a quebrantar el juramento!

Antonio se resistía a creer todo aquello. Tenía más fe en su brazo y en su puntería que en todas las leyes del mundo. No obstante, las palabras de su hermano le disuadieron, al menos por aquel momento, de consumir inmediatamente su venganza.

—Sea como tú dices—concedió al fin, refunfuñando—. Pero ya verás cómo no hay mejor arma que la violencia, para hacer justicia en este caso.

Juan estrechó agradecido la diestra de su hermano gemelo. Decidieron abandonar el barracón para permitir descansar a Luisa,

a quien las emociones violentas de las últimas horas habían abatido.

Juan fué en busca de «Curro», cuyo paradero ignoraba. Pero en el camino se encontró con una agradabilísima sorpresa: Ramón. Ninguno de los dos quería creerlo. El viejo se restregó los ojos con el ademán de quien ve visiones. Juan se abalanzó a sus brazos, exclamando, emocionado:

—¡Ramón!

Al pobre viejo se le nubló la vista y las lágrimas humedecieron sus caldos mostachos. Estrechó en su corazón a Juan mientras sus labios musitaban:

—¡Juan! ¡Qué alegría el recobrarte! Yo que te creía muerto...

Los recuerdos se agolparon en sus almas proyectándose sobre un futuro risueño.

Mientras, el bueno de «Curro» era manteado entre las risas de las alegres comadres de aquella peregrina ciudad de bandidos.

A la mañana siguiente, cuando el sol apareció por el horizonte vistiendo al paisaje de claro, el campamento entero se desperezó y salió al aire libre para comenzar las faenas del día.

Todos, al contacto de la brisa matinal, entibiada por el radiante sol, se sintieron alborozados. Todos menos una mujer: Reina. Su intuición femenina de mujer y de amante, presentía los acontecimientos. Su cara era una flor en trance de marchitarse.

Se acercó con paso cansado y triste a Ramón.

—Ahí dentro—dijo, señalando el barracón de Antonio Ríos, el «Halcón»—hay una mujer, ¿verdad?

—Sí, Reina; pero no es de nuestra clase. Es una señorita—aclaró Ramón, compadecido de la joven india.

Se alejó de nuevo ausente de todo lo que ocurría.

El «Halcón» se acercó a ella.

—¡Reina!—su trato, igual para las personas de ambos sexos, era siempre de una brusquedad amable.

—¿Qué, «Halcón»?—preguntó dulcemente.

—«Chueco»...—dijo tras un instante de vacilación. Sus palabras transparentaban una intensa emoción—no ha vuelto. Cayó como un valiente.

Reina palideció, sus grandes ojos se ensombrecieron de tristeza: le profesaba un cariño fraternal.

El «Halcón» le prodigó algunas palabras de consuelo. Luego, cambiando bruscamente de tono, le ordenó:

—Reina, tenemos invitados. Ve al barracón y preséntate a la señorita. Proporcióname vestidos y cuanto necesite. Has de tratarla como si fuera tu hermana. ¿Entendido? Es huésped de honor.

LA JUSTICIA DE LEDESMA

Durante toda aquella mañana, soleada y alegre, el «Halcón» se dedicó a pasar con Luisa enseñándole los contornos.

El grandioso paisaje de peñascales y cortados, con pequeñas praderas y airosos altozanos, salpicado de mil variedades de flores y arbustos, rodeado de enmarañados bosques, eran tan cautivadores, que a Luisa le pareció estar viviendo un cuento de hadas.

Y aquella guarida, simpática y alegre, digno nido del «Halcón», le hacía transportarse a las mil y una noches.

Uno por uno le fué nombrando y enseñando el «Halcón», los lugares pintorescos de aquel riquísimo panorama.

Recorrieron con la imaginación toda su niñez, las peripecias que juntos afrontaron, los juegos, las riñas...

El «Halcón» se sentía otro hombre. La conversación, ágil y cantarín, de Luisa le sonaba en los oídos como si fuera el gorgoeo de un pájaro.

Por primera vez sintió la amargura de su vida pasada. El verse proscrito, al margen de la Ley, ante aquel prodigio de candor y belleza, le llenó de tristeza.

Cuando después de caminar un rato en silencio, Antonio se decidió a hablar, sus palabras desvelaban una cierta emoción:

—Sí—dijo como contestando a una pregunta que sólo él se hacía—. He vivido muy solo siempre. Y el paisaje ha impreso su fisonomía en mí. Soy como él: agreste, seco y abrupto.

—¡Oh!—respondió Luisa, echando atrás su cabeza en ademán de protesta—, también aquí crecen las flores.

—Siempre he sentido un gran vacío en el alma—continuó Antonio sin tomar en cuenta el cumplido—. Tan sólo he vivido para consumir una venganza y ahora que veo próximo el cumplimiento de mi misión, tengo miedo del porvenir. Mi existencia no tendrá desde entonces razón de ser.

—No debes decir eso, Antonio. Te quedan tus pobres indios. ¿Qué harían sin ti, que eres su único y generoso protector? Además, no puedes abandonar a quienes por acompañarte han sacrificado su vida en el mismo afán. Tu vida es muy importante—terminó con un mohín de reprensión.

—¡Oh, ya lo creo que es importante!—comentó el «Halcón» socarronamente—. ¿Como que el ilustrísimo avaro de Ledesma ha ofrecido veinte mil pesos por ella!

Al regresar de aquella «tumbée» matinal, Antonio Ríos llevaba dentro de sí algo que no se atrevía a definir, pero cuyos síntomas eran harto evidentes y peligrosos.



Cuando Enrique Ledesma se enteró de lo sucedido, ya era tarde para intentar nada. Descargó de nuevo su cólera sobre los que habían desempeñado la guardia; indudablemente no se podía esperar nada de aquellos mequetrefes.

Pasó el resto de la noche estrujándose al cerebro desesperado para encontrar una solución. Después de mucho meditar sacó dos

conclusiones: primera, que aquella faena era obra y gracia del «Halcón». No se imaginaba el porqué inmediato de aquella especie de manía persecutoria que lanzaba al «Halcón» con aquel ensañamiento en contra suya, pero el hecho cierto era que el rapto lo había llevado a cabo el «Halcón». Segunda, que si el «Halcón» atacaba siempre con aquel oportunismo era porque alguien —que debía de estar en su casa para conocer todas sus entradas y salidas— le proporcionaba avisándole, la impunidad.

Formó un plan. Llamó al juez y en su presencia se propuso hacer «cantar» a sus dos servidores más sospechosos.

Fueron conducidos a la bodega y atados, desnudo el torso, a sendos postes. Uno, asustadizo y fiel, era el mozo de cuadras. El otro, «Coyote».

—Confiesa, vil esclavo—dijo, dirigiéndose al mozo con expresión amenazadora—. ¿Qué relación te une con el «Halcón»? Eres espía, ¿no? Te juro que te arrancaré la piel a tiras si no confiesas la verdad.

Y a una señal suya, uno de los testafierros que tenía a sus órdenes, comenzó a descargar latigazos sobre el torso del joven.

—¡No, mi amo, no!—negó, retorciéndose de dolor—. ¡Yo no sé nada!

—No sabes nada, ¿eh? Pues vas a saber quien soy yo. ¡Confiesa!

—¡No, mi amo!—suplicó de nuevo, estremecido—. ¡Le juro que no sé nada!

Había tal expresión de sufrimiento en su semblante y tal acento de sinceridad en sus palabras, que Ledesma desistió de su empeño. Hizo una señal al verdugo para continuar con «Coyote», y encarándose con éste, le increpó:

—Entonces eres tú, perro infiel, el espía que ha colocado al «Halcón» en mi casa, ¿verdad? ¡No me mientas, infame traidor! ¡Confiesa!

Los trailazos llovieron con furia sobre las espaldas de «Coyote». Ni un grito de dolor. Ni una palabra de excusa. Los labios se cerraron con mutismo delator.

—Callas, ¿eh? Tu silencio te ha condenado. ¡Llévadle a la mazmorra!

Todavía se permitió la villanía de abofetearle. Después, orgulloso de su triunfo, habló al juez que había presenciado la escena un poco atemorizado y confuso:

—Así administro yo justicia. Y no necesito de leyes, ni códigos ni demás zarandajas para conseguir mis fines.

El juez se quedó un tanto perplejo pero al fin sonrió con adulación; pertenecía a la estirpe de Pilatos.

Sin embargo, todo esto no eran más que preparativos para el gran golpe. Una idea maravillosamente clara y atractiva había surgido en su cerebro. Al recordarla, se estremeció de placer, saboreando de antemano su próxima venganza...

UNA FIESTA QUE ACABA MAL

Aquella tarde fué, para el campamento de bandidos, tarde de fiesta. El «Halcón» se propuso celebrar por todo lo grande la vuelta de su hermano.

El campamento entero hervía en festejos y alegrías. Por doquier veíanse pancartas y gallardetes. Las mujeres habían levantado con guirnaldas de flores un gran arco triunfal donde, en letras de rosa, podía leerse esta frase: «¡Viva el «Halcón»!».

La variedad de tipos humanos que en aquella curiosa cofradía de bandoleros se habían reunido, daban al abigarrado conjunto un tinte pintoresco.

La algazara y el regocijo campeaban sin contrapeso. Se organizaban concursos de tiro, corrió el vino en abundancia y no faltó la comida.

Juan se hallaba en verdadero éxtasis de felicidad. Aquel simpático agasajo, el encuentro con los viejos amigos de su niñez y su pubertad, la alegría de volver a ver a su hermano al que creía irremisiblemente perdido y la proximidad de la mujer amada, le habían transportado a un mundo de ensueño. Apenas podía dar crédito a sus sentidos.

Para Luisa todo aquello era enteramente desconocido. El con-

traste de aquella vida dinámica y peligrosa con la monotonía de su anterior existencia, le había embriagado de tal forma que era incapaz de pensar en otra cosa que no fuese su felicidad presente.

La ascendencia andaluza de gran parte de la población mexicana ha impreso en la idiosincrasia de este gran pueblo un singular amor a todas las manifestaciones folklóricas.

Los bandoleros, mexicanos por los cuatro costados, sintieron también la necesidad de expresar de una forma musical su júbilo. En un momento, aparecieron guitarras, violines, banjos, ocarinas y demás instrumentos idóneos. Se organizaron en «mariachi» y comenzaron a cantar:

De allá de los altos,
de allá de los llanos
traemos a un hombre
nuestro corazón...

A un hombre valiente
que venga desmanes;
ese hombre temido
se llama el «Halcón».

Por todos los pobres
su vida ha jugado,
porque él siempre ha sido
nuestro defensor.

El león de la sierra
su fuerza le ha dado,
las águilas reales
su astucia y valor.

Por él, muy felices,
daremos la vida,
pues de ella es el dueño
no más, el «Halcón».

Por él lucharemos (bis)
cuando nos lo pida,
y cuando se ofrezca
también la ocasión.

El «Halcón» contesta:

Por Dios de los cielos
yo les juro a ustedes
que por defenderles
siempre he de luchar;
que los mexicanos
ponemos el pecho
luchando sin tregua
contra la maldad.

Acabada la contestación de el «Halcón», el coro repite:

Por él, muy felices,
daremos la vida,
pues de ella es el dueño
no más, el «Halcón».

Por él lucharemos (bis)
cuando nos lo pida,
y cuando se ofrezca
también la ocasión.

Dúo de los dos hermanos

Eres de California,
California de oro,
cuna de romances,
suelo de leyenda,
de amor e ilusión;
hasta donde alcance
mi voz hecha oro
diré que eres linda
con todas las fuerzas
de mi corazón.

8

El «Halcón» no era vanidoso, pero no podía por menos de sentirse halagado. El fervor que todos los bandoleros le profesaban le enorgullecía en extremo.

Bajo un toldo protector habían instalado unas mesas donde se servía bebida. Juan y Luisa observaban desde una de ellas la escena. Antonio se les acercó.

—Juan, ¿recuerdas nuestra canción?

—No la olvidaré jamás. ¡Cuántos recuerdos van envueltos en ella!

—¿Es de veras que aun no la olvidaste? Pues entonces, ¡Andale!

Juan miró a Luisa como pidiendo permiso para cantar.

—Ya veo que tendré que ayudarte, porque sino vas a estropearne la canción—dijo el «Halcón», creyendo que al menos en el dominio de la música se diferenciaría de su hermano gemelo. Su sorpresa fué oír una voz gemela también a la suya, que comenzó a cantar:

El «Halcón»:

Canto a tus mujeres
que son todas bellas,
iguales que estrellas
que ornán la magia
de tu cielo azul;
California linda
qué bonita eres,
por eso de mi alma
y de mis quereres
la dueña eres tú.

Juan Ríos:

De los arco iris
que brindan tus lazos
brotó mi esperanza
como una oración;

California linda,
que hueles a azahares,
mi pecho te brinda
ésta mi canción.

Otra vez los dos hermanos a dúo

Te cantan tus mares,
te cantan tus valles,
tu luz y tu cielo
y te canto yo...
California linda,
que hueles a azaharés,
mi pecho te ofrece
ésta mi canción.

La última estrofa fué cantada a dúo. Tan formidable fué el efecto, que arrancó de todas las gargantas enardecidos gritos de entusiasmo.

Antonio se distanció un poco pensativo. Luisa y Juan se lavantaron.

—Esa voz la he oído yo en otra parte.

—¿No sería esta canción la que tú escuchaste?—preguntó Juan tarareando la melodía que otro cantara en una calle sevillana.

—Sí—Luisa se ruborizó al afirmarlo.

—¡También esos ojos los había visto yo en otra parte!—exclamó Juan, apasionado—. Fué allí y desde entonces quedé cautivo de su fulgor; ¡Luisa! Te amo. Te amo y te amaré siempre...

La estrechó entre sus brazos y estampó en su boca ardiente un beso apasionado. Una voz ronca e iracunda vino a cortar aquel beso y a desvanecer aquel abrazo.

—¡No toques a esa mujer! ¡Esa mujer me pertenece!—exclamó el «Halcón» con gesto amenazador.

—¡Estás loco, Antonio!—repuso Juan, estupefacto por la reacción de su hermano.

—¡Aquí el que manda soy yo!—gritó Antonio, enfurecido.

—Mandarás en los demás; en mí, ¡no! No soy ninguno de tus bandidos—profrizó Juan en tono retador.

El «Halcón» encajó el golpe. Pero cuando, puñal en mano, intentó abalanzarse contra su hermano, Ramón se interpuso:

—¡Antonio! ¿Qué vas a hacer? ¿Te has vuelto loco? ¡Luchar contra tu propio hermano...! ¡Repórtate, Antonio! ¡Vuelve a tus cabales!

Por fin logró calmarle.

De mala gana, se volvió y penetró en su barracón.

Juan quedó entristecido e intranquilo. Había que acabar con aquella violentísima situación cuanto antes.

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó Ramón.

—Marcharme—contestó, decidido. Y añadió, mirando a Luisa:—Volveremos a casa de Ledesma.

—¡Es una temeridad!—advirtió Ramón—. Meterse en la boca del lobo...

—Hay mil veces más peligro aquí, para los dos.

«HALCON ASADO»

—Por segunda vez en las últimas cuarenta y ocho horas debo agradecerle la salvación de mi hija, Humberto Jiménez. Realmente, no sé cómo demostrarle mi gratitud—dijo Enrique Ledesma al sentarse a la mesa.

Juan encontraba aquello muy extraño. El recibimiento que Ledesma les dispensó no era el que lógicamente se debía pensar: el de un padre desolado que recobra a su hija creyéndola perdida. Parecía, como esperara que hubiese de ocurrir así. Las palabras de Ledesma sonaban en los oídos de Juan con un tono de falsete muy poco tranquilizador. Pudo observar que la guardia había sido reforzada, hasta el punto de que cenaban en presencia de cuatro soldados, armados hasta los dientes y situados en las cuatro esquinas del amplio comedor.

—No tiene nada que agradecerme—respondió con cortesía—. Estoy muy contento de haberle podido servir en algo.

Estaba algo inquieto. De Enrique Ledesma se podía esperar siempre lo peor. Siguió la conversación sobre temas intrascendentes. De pronto, con cinismo y desenfado le espetó:

—He podido observar que ustedes se quieren. ¿No es así? ¡Era de esperar!

Miró alternativamente a uno y a otro. Luisa se ruborizó intensamente. Juan no sabía qué decir. Enrique Ledesma, riendo con risa extraña, cortó la situación:

—¡Bien! Estoy muy satisfecho de que así sea. Señor Jiménez, esto hay que celebrarlo. He mandado prepararle una sorpresa. ¡Es un plato especial para usted!—dijo frotándose las manos con alegría—. ¡Vámos! ¡Traerlo pronto!—añadió a los criados con airada expresión.

Hubo un instante de angustia. Dos criados traían en una gran fuente ¡un halcón asado!

—¡Ja, ja! ¡Un halcón asado! ¿Qué os parece?—exclamó Ledesma con sarcástica risa.

—¿Qué significa esto?—preguntó Juan en el colmo de su asombro.

—Significa, señor «Halcón», que habéis caído en mis manos; significa que habéis tenido la osadía y la imprudencia de entrar en mi propia guarida creyendo poder engañarme, y significa que vais a morir ahorcado. ¡Sujetadle!

Juan se levantó como un resorte, lívido de ira, pero cuando daba el primer paso hacia Ledesma, los cuatro soldados que hacían guardia se abalanzaron sobre él. Forcejeó inútilmente: entre aquellos cuatro hombres le redujeron a la impotencia.

La escena tenía un desenlace siniestro e insospechado.

El semblante de Ledesma era de triunfo, demostraba la satisfacción más completa, pues por fin había conseguido dominar al famoso «Halcón» tras el que había estado empeñado tanto tiempo. Era la hora del triunfo y de la venganza. Era el momento supremo para él de librarse para siempre de un enemigo tenaz e irreductible, conseguía la felicidad de su hija y su propia tranquilidad.

Ledesma estaba imponente, pero su conciencia no le dejaba tranquilo, pues sus remordimientos eran muchos. Como una rápida visión, en aquellos momentos decisivos, pasaban por su imaginación raudos y veloces.

Juan se vela en las redes de aquel hombre funesto. No era

justo que le venciera aquel hombre contra el que él debía descargar la espada de la justicia.

Luisa contemplaba la escena con ojos desorbitados.

Ledesma continuaba hablando, de prisa, con odio, regodeándose en sus propias palabras:

—¿Creisteis poder burlarme, eh? Esta vez habéis perdido, «Halcón». Tengo pruebas contra vos. ¡A ver! ¡Traedme al testigo!—ordenó a sus lacayos.

Compareció «Coyote» sujeto por dos de los soldados. Al ver a Juan, no pudo reprimir una exclamación de espanto:

—¡«Halcón»!

Ledesma rió triunfante.

—¡Lleváoslo!

Al salir, «Coyote» hizo un esfuerzo supremo por zafarse de aquellos hombres. Lo consiguió y echó a correr, pero a los pocos pasos, cayó entre estertores agónicos: el centinela de la almena le disparó con certera puntería.



Antonio Ríos, el «Halcón», sostenía una lucha interior tremenda. El amor y los celos, el despecho y el ansia de venganza le atraían por igual de tal forma que no podía obrar ni en un sentido ni en otro. Sabía el triste fin que su hermano había de tener y, sin embargo, su pasión por Luisa le impedía mover un solo dedo en defensa suya.

Ramón, su ángel custodio, vino de nuevo a estimularle:

—Antonio, no pensarás abandonar a Juan en estos momentos. ¿Verdad?

—El se lo ha buscado. Yo no le mandé ir allí. Además, se ha puesto enfrente mía, y no seré yo esta vez quien le saque las castañas del fuego—contestó el «Halcón» con el tono de quien quiere convencerse a sí mismo.

—¡Antonio!—reconvino Ramón—. ¿Cómo puedes pensar eso?

¿Vas a dejar que tu hermano muera a manos de tu peor enemigo? Tu hermano gemelo, de tu sangre, de tu estirpe... ¡Y por una mujer! No, Antonio, no, Tú no harás eso. Debes lanzarte inmediatamente en su salvación, antes que sea tarde.

Una lucha interna dominaba a Juan, había que sacrificar sus pasiones, su amor, su propia voluntad; tenía que ceder ante la felicidad de los demás... ¿qué haría?

Qué de ideas encontradas se acumulaban en su mente... Parecía que iba a estallar su cabeza, tales eran en aquel momento los pensamientos que uno en pos de otro embargaban su imaginación.

—¡Sea!—exclamó el «Halcón» con gesto firme. Las palabras de Ramón, que parecía el oráculo de la raza, ganaron para el bien la tremenda batalla que en el pecho de Antonio se sostenía.

LA VOZ DE LA SANGRE

La plaza del Ayuntamiento de Sacramento rebosaba de gente. El solo anuncio de una ejecución había congregado un enorme gentío, lleno de expectación. Junto al tablado de la horca habíase levantado una pequeña tribuna para las autoridades. Enrique Ledesma, nervioso y acobardado, se hallaba sentado sobre un pequeño estrado de la tribuna, dominando la multitud. A su lado, toda de negro hasta los pies vestida, se encontraba Luisa, cuyo rostro reflejaba una palidez mortal.

Todavía no había comparecido la víctima. El pueblo daba muestras de inquietud. Había llegado a profesar un cariño admirativo al «Halcón».

Diversas voces reclamaron silencio. Ledesma había decidido hablar.

—¡Pueblo de Sacramento!—arengó.

Expectación. Los ricachones y paniaguados se habían colocado atrás, en los balcones de los soportales.

—Vais a presenciar una ejecución, que para mayor escarnio del culpable he querido que sea pública. El «Halcón» va a ser ahorcado.

Débiles aplausos en los soportales. Pitos e interjecciones entre el populacho.

—Con este escarmiento ejemplar —continúa entre gritos e insultos— quiero daros a conocer mi inflexibilidad ante la injusticia y el poder de mi mandato. ¡Pueblo de Sacramento...!

Las últimas palabras fueron ahogadas por un griterío inmenso: por una de las callejas llegaba el carro donde traían a Juan Ríos. La guardia que lo escoltaba a duras penas podía contener a la muchedumbre que se agolpaba en torno. Todos tenían curiosidad por observar de cerca a este héroe popular.

Descendió de la carreta y subió al cadalso, su actitud era de una serenidad gallarda. Habíase confesado y esperaba su muerte con resignación y valor. Cuando ascendió al tablado, Luisa se levantó sacudida por la emoción. Su corazón palpitaba tumultuosamente.

Ladesma tenía mucha prisa en ver ejecutada la sentencia. No se sentía tranquilo. Sin más ceremonia, dió la orden de ejecución.

Luisa se tapó la cara con las manos y rompió a llorar desesperada.

Juan dirigió una última mirada, enternecida y triste, a su amada. Luego, sintió que el suelo le faltaba y por fin, el nudo corredizo se apretó a su cuello. Y... cuando creía escuchar las trompetas celestiales llamándole a juicio oyó con inaudita sorpresa un ruido muy familiar a sus oídos: detonaciones de revólver.

De pronto vióse libre de la cuerda que le ahogaba la garganta: un certero disparo del verdadero «Halcón» había roto la soga.

El «Halcón» hacía acto de presencia en aquel acontecimiento.

Por las cuatro calles que desembocaban en la plaza del Ayuntamiento aparecieron simultáneamente y con la velocidad del rayo las huestes del famoso bandolero. El ruido de las detonaciones, la algarabía de las gentes, los desmayos de las mujeres, los ayes de los heridos... todo se sucedió en un lapso de tiempo pequesísimo.

La sorpresa que causó su inesperada y espectacular llegada

fué indescriptible. La guardia apenas ofreció resistencia: se dispersaron al oír los primeros tiros. El pueblo se inclinó de lado de los asaltantes. La mayor parte de las autoridades huyeron presas del pánico. En un momento, sin más que disparar unos cuantos tiros, el «Halcón» y sus bandidos se hicieron dueños de la situación.

En vano buscó Antonio Ríos a Ledesma: se había esfumado con su tradicional cobardía.

Cuando, libre de sus amarras, Juan requirió armas para lanzarse en busca del odiado Ledesma, Ramón se interpuso:

—No, Juan. Tú eres la Ley, la Justicia. Tú no puedes cometer un acto ilegal. Deja que Antonio consume vuestra venganza. El es el indicado.

Las razones de Ramón, la mirada angustiosa que Luisa le dirigía y el ver a su hermano internarse, pistola en mano, en el palacio de Ledesma, le resolvieron a quedarse.

Luisa, abatida por las violentas emociones de la jornada, se arrojó a sus brazos sollozando convulsivamente.

Mientras en la plaza continuaba el tumulto y los bandóleros sembraban el desconcierto por doquier, Antonio Ríos, el «Halcón», penetró sigilosamente en casa de Ledesma. Estaba persuadido de que tenía que haberse refugiado allí: en otra parte no hallaría amparo.

Desde lo alto de la escalera que bajaba al salón de fiestas, Antonio dirigió una mirada inquisitiva. Sus perspicaces ojos observaron un imperceptible movimiento tras los cortinajes de la puerta del fondo. No había duda: detrás, escondido, se hallaba Ledesma. Bajó cautelosamente los escalones cubriéndose con las columnas de la escalinata.

Mostraba en todo aquello un aire apático, que podía parecer la inveterada apatía del hombre sin ganas de nada. Pero, en realidad, era la apatía, más terrible, de quien sólo tiene ganas de una cosa y no le importa lo demás.

Avanzó lentamente. Ledesma se había escondido en el fondo de la habitación contigua, parapetándose tras el saliente de la

chimenea. El «Halcón» no le podía ver pero presentía su situación.

—¡Enrique Ledesma!—exclamó con infinito desprecio.

El aludido sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Un sudor frío cubría su frente.

—¡Vas a morir como un perro!—continuó Antonio con voz ronca—. Tus minutos están contados. Vas a apurar hasta las heces el cáliz de tus propios crímenes. Pero antes vas a escucharme: ¿Recuerdas a Juan Antonio Ríos?

A Ledesma se le heló la sangre en las venas. Sus ojos, agrandados por el miedo, miraron asustados a todas partes y en todas partes vieron víctimas que se convertían en verdugos. La voz del «Halcón» le taladraba los oídos: creía escuchar a Juan Antonio Ríos, redivivo.

El «Halcón» prosiguió implacable:

—Tú le asesinaste. Tú le asesinaste y creíste acabar con su estirpe. Pero no te acordaste de sus hijos, los mellizos. Pensaste que también ellos habían muerto en el incendio, ¿verdad? ¡Oh, asqueroso reptil, vil canalla, monstruo de maldad! Los dos viven; y viven para matarte. Yo soy uno de ellos, el más afortunado, al parecer.

Aquellos instantes supremos, en que parecía llegar el fin del malvado Ledesma, se le aparecían ante su vidriosa mirada, todo su pasado lleno de insidias y crímenes. Esperaba que la suerte aun pudiera, en última instancia, hacerle evadir del apurado trance en que se hallaba.

No sabía con qué ni con quien confiar; tampoco podía encomendar su alma a Dios, cuando en toda su vida no se había acordado del Redentor.

Sólo pensaba en que no quería morir, en que alguna de sus artimañas pudiera darle la salvación, pero dudaba ya y no acertaba a coordinar sus ideas.

Ledesma no pudo más. En el paroxismo de la desesperación gritó, convulso:

—¡No! ¡No quiero morir! ¡No! ¡No!!

En aquel instante se abrió la puerta de par en par. En el quicio apareció Antonio Ríos, encañonándole con su pistola.

Se oyeron dos detonaciones casi simultáneas.

Ledesma, dominado por el terror, erró el tiro.

La bala de Antonio Ríos penetró directa en el corazón.

Con un gesto de indecible amargura, Enrique Ledesma se desplomó, muerto.

Desde aquel instante, la alegría desapareció del semblante de Antonio Ríos. Con pasos de autómeta, se alejó de la macabra escena.

FIN

EPILOGO

Tarde serena. Los caballos del sol, de espaldas al horizonte, conducían lentamente su brillante carga. Las nubes, ruborizadas, saludaban el paso del igneo cortejo. Abajo, en la tierra untada de oro —últimas muestras de la esplendidez del sol poniente—, una diligencia espera impaciente la decisión de sus dos viajeros.

Juan Ríos, con un pie en la diligencia y la sonrisa a flor de labios, trataba de disipar la tristeza que embargaba a Luisa, ya convertida en su amada esposa.

Después de unos minutos de indecisión, Juan aventuró las primeras palabras:

—No pienses más, querida Luisa, en las angustias pasadas. Considéralo como un sueño. Considera como un sueño todo lo que no sea la realidad de nuestro amor.

—Juan—respondió tristemente Luisa—. No son los momentos trágicos ya pasados los que me abaten. Bien sabes tú que todo lo doy por bien pasado una vez que he conseguido tu amor—. Y añadió: Pienso en él... en Antonio... me duele vuestra separación.

—Luisa—exclamó Juan con vehemencia, queriendo convencer a ella a la vez que a sí mismo—, no debes pensar en él.

Nuestras vidas, siguen caminos distintos. El seguirá su destino y yo el mío, aunque nuestros corazones caminen unidos. Ambos defenderemos a la Justicia. El, como noble bandolero; yo, como abogado. El amará siempre a sus pobres indios, yo siempre te amaré a ti...

—Quiero creerte, como no, si has sido siempre mi vida, mi verdadero amor. Huérian a de otro cariño, a ti encomiendo mi alma y todo mi ser.

—Ángel mío—susurró Juan a sus oídos—, mi dulce encanto, no dudes que hoy empieza a sonreírte una vida dulce y agradable, no en vano hemos luchado por alcanzar esa felicidad tan soñada. Créeme, encanto, tú serás mi gloria.

—Dios te oiga, Juan.

—Así será, y mientras yo aliente te juro que toda mi vida es ya para ti.

—¿Y Antonio?—musitó Luisa.

—El también será feliz, Luisa, no lo dudes: puedes estar segura de que nos bendecirá a los dos y quizá algún día volvamos a reunirnos los tres.

Luisa sonrió. En ese momento la brisa trajo envuelta una canción, ambos se miraron: reconocieron la voz varonil del «Halcón». Al instante el hechizo se deshizo, pero fué substituído por otro: un beso ardiente que unió sus dos bocas.

El cochero debió interpretarlo como señal de partida, porque, fustigando los caballos, emprendió el camino hacia la felicidad.

Camino de Sacramento

Surge del valle un lamento
que se hace canto altanero.
Camino de Sacramento
va cantando un bandolero.

Vuelan las águilas reales
en lo alto de la montaña,
y un mirlo en los matorrales
con agua clara se baña.

(bis por el coro)

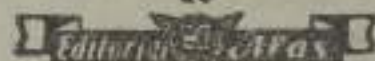
Camino de Sacramento,
bañado por luz del sol,
camino que besa el viento,
camino por donde voy;
camino de tierra herida
por donde busco un amor;
en él dejaré mi vida,
sin más ley que la de Dios.

(bis por el coro)

FIN DE LA NOVELA

Todas las grandes
creaciones de
JORGE NEGRETE

en
CANCIONERO
de



JORGE NEGRETE 1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano
Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no
te rajes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los
últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere
en Jalisco - La madrina del diablo
y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE, IRMA VILA y TITO GUIZAR

Seda, sangre y sol - Hasta que perdió Jalisco - Qué lindo
es Michoacán - Mexicana

JORGE NEGRETE

Canções mexicanas

Una peseta

JORGE NEGRETE Selecciones

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 3'50 ptas.

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco
Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo
Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco,
no te rajes! - Camino de Sacramento
Genio y Figura (Biografía de JORGE NEGRETE)

Pedidos a EDITORIAL ALAS -r- Apartado 707 -r- Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Collins
 Melodía de Broadway . . . Robert Taylor
 Apuesta de amor . . . Gené Raymond
 Mister Flamingo . . . Gino Cervi
 Separete en vida . . . A. Nazzari
 Aspettando l'ombelone . . . Kate de Naji

Melodía rota . . . Billy Borge
 Cupido sin memoria . . . Ann Sothorn
 Marie Hone . . . Paula Westend
 El caso Vare . . . Olive Brock
 Quimera de Hollywood . . . Joan Fontaine
 Los tres vagabundos . . . Heinz Rühner

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Tocmay de las
 elefantes . . . Sabú
 Tú cambias de vida . . . M. Redgrave
 Los dos niños de París . . . C. Barchon
 ¿Es mi hijo? . . . Lili Dagover
 La última aventura . . . Cary Grant
 Vacaciones juaz Harvey . . . Mickey Rooney
 Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
 Robert Taylor
 Mortal sugestión . . . Ann Harding
 Una chica insoportable . . . Danielle Darrieux
 Bajo manto de la noche . . . Edmund Lowe
 Alarma en el expres . . . M. Redgrave
 Crimen de medianoche . . . Ramón Pareda
 El signo de la Cruz . . . Freddie March
 El asesino invisible . . . Walter Abel
 Una des pillares . . . Jacques Taffel
 Pygmalion . . . Leslie Howard
 María Estuardo . . . Kath. Hepburn
 Cuidado con la g. haca . . . Michael Redgrave
 Por la dama y el honor . . . Paul Lukas
 El día que me casaron . . . Carlos Gardel
 El pequeño lord . . . E. Bartholomew
 Torcón de las flores . . . Buster Crabbe
 Albergue nocturno . . . Greta Gynn
 El misterio de Villa Rosa . . . Judy Kelly
 Acusado . . . Dolores del Río
 Forja de hombres . . . Mickey Rooney
 La profiera millonaria . . . Gené Raymond
 Los peligros de la gloria . . . James Cagney
 La bella rebelde . . . Ann Sothorn

Buscando fama . . . Don Ameche
 Una mujer imposible . . . Jerry Lugs
 El hombre del Níger . . . Victor Francen
 Extremos en luna de miel . . . Hugh Sinclair
 Andrés Harvey Tancro . . . Mickey Rooney
 Fruta dorada . . . Clark Gable
 El secreto del marqués . . . Armando Falcetti
 Irene . . . Ann Nagle
 Una hora en blanco . . . Franchet Tonn
 La batalla . . . Charles Boyer
 La familia Robinson . . . Fr. Bartholomew
 La mui. de las dos caras . . . Greta Garbo
 Laura Ross . . . Jean MacDonell
 La hora radiante . . . Joan Crawford
 Cuando ellas se encuentran . . . Melvyn Douglas
 El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
 Una chica se divierte . . . Jean Arthur
 Una mujer andaluzada . . . Lupe Velez
 El club 400 . . . George Murphy
 La vuelta del zana . . . Gordon Barker
 El gran jefe . . . V. Mac Lellan
 Cuando los hijos se van . . . Fernando Soler
 Otra vez más . . . Ronald Colman
 Juventud ambiciosa . . . William Holden
 El sospechoso . . . Charles Laughton
 Matrimonio de inconveni-
 niencia . . . Diana Barrimore
 Una chica afortunada . . . Jean Arthur
 La dama del tren . . . Diana Durbin
 Documenta Z 3 . . . Isa Miranda
 Zaza . . . Claudette Colbert

3 pesetas

Olivia . . . Kat. Hepburn
 El duque de West Point . . . Joan Fontaine
 El nuevo amor . . . John Carral
 Rutas infernales . . . John Waine

Hombres intrépidos . . . John Wayne
 Kit Carson . . . John Hall
 La ruta del este . . . Frankie Edwards
 ¿Crimen o suicidio? . . . Paul Kelly

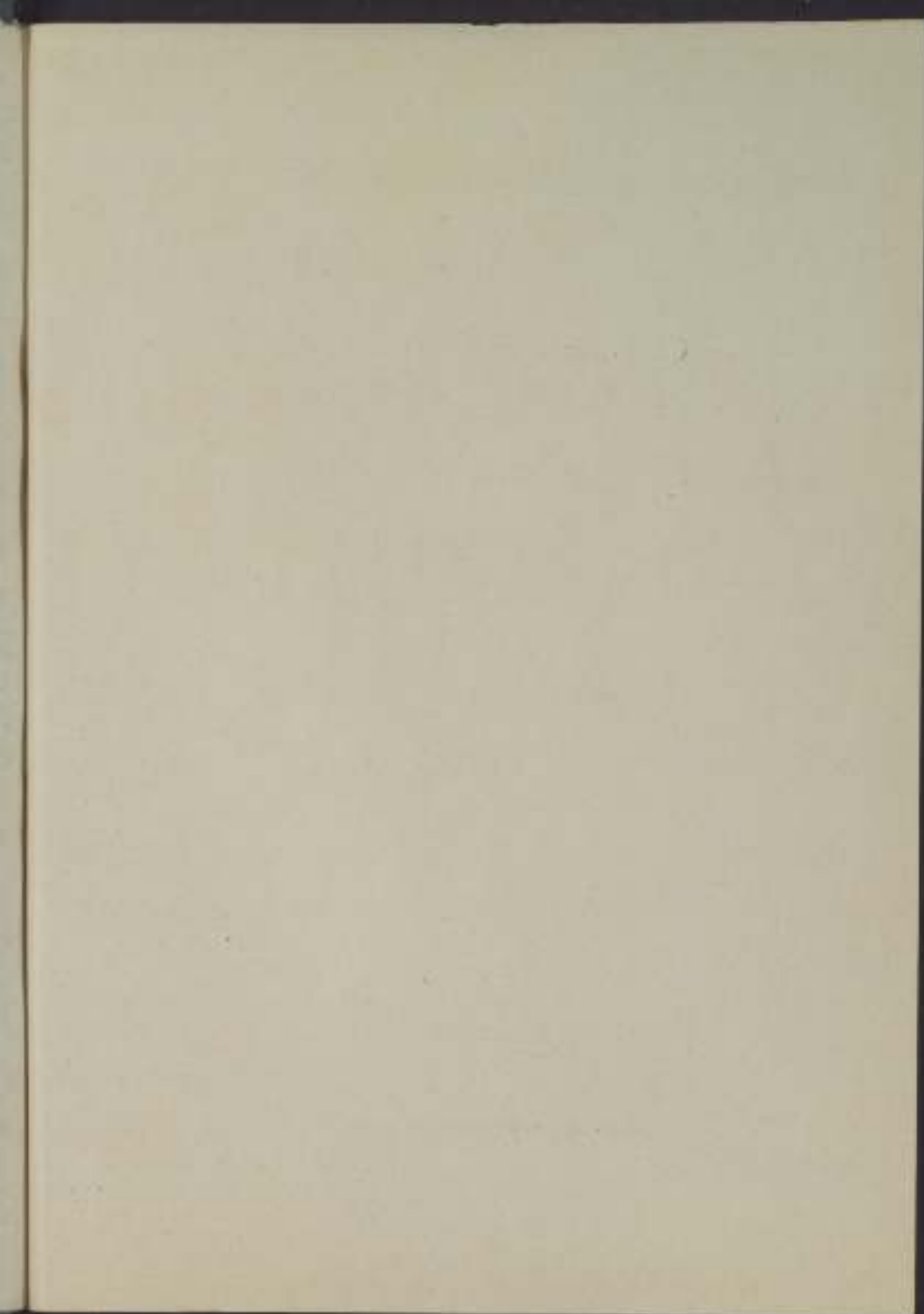
SERIE ESPECIAL

3,50 ptas.

Cuando quiero un meji-
 cano . . . Jorge Negrete
 Así se quiere en Jalisco . . . Jorge Negrete
 Diego Bandera . . . Jorge Negrete
 Perjura . . . Jorge Negrete
 Jorge Negrete, Biografía

La cámara diabólica . . . Flash Gordon
 El rayo de la muerte . . . Flash Gordon
 La madrina del diablo . . . Jorge Negrete
 Soda, sangre y sol . . . Jorge Negrete
 Sargento York . . . Gary Cooper

Pedidos a EDITORIAL «ALFA». - Apartado 707. - BARCELONA



1924 - 1948

¡¡ Acontecimiento !!

Conmemoración literaria del XXV aniversario
de **BIBLIOTECA FILMS**
con la publicación de

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Rafael RIVELLES

Sarita MONTIEL

Juan CALVO

del príncipe de las letras hispanas
Miguel de Cervantes Saavedra

Alarde artístico de la
cinematografía nacional

Producción **CIFESA**

Precio: **4 Ptas.**

3'50 Ptas.

200.000 letras; 88 páginas de texto
y 16 fotografías ilustran este volumen